

Alerce

N° 103, marzo de 2023. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

La voz de las escritoras alza cada día su palabra de infinito caudal

La obra de poetas, narradoras y ensayistas recorre siempre las páginas de *Alerce*, y esta no es la excepción. Sus voces han forjado la historia de la literatura en un país inmensamente injusto, que, por ejemplo, en ochenta años de existencia del Premio Nacional solo ha reconocido en cinco ocasiones a una mujer con ese galardón. Ello, en circunstancias de que las creadoras de la palabra han dado vida a piezas magistrales, desde las cuales es posible pensar de manera crítica la sociedad en la que nos desenvolvemos. En esta edición, recogemos una muestra del vigoroso caudal de sus letras en plena marcha.

Arte poética

¡Qué lejos estoy
de la palabra insigne,
del verbo prístino,
del adjetivo exacto!
No busco el verso
para saborearlo
ni quiero olerlo,
tal vez me asfixia,
en un acto reflejo
lo escupo, lo vomito.
Hoy me asalta el vocablo,
extenuado de cada día
impúdico, ruidoso.
No hay heroísmo clásico
en el intento;
sentada a horcajadas
sobre el final de mis tiempos
no me redimo
no me elevo
solo escribo.

Ingrid Córdova Bustos

VIENTO SUR

De la greda

Suave mano que acaricia la greda,
Esa tierra roja que viste de colores
Pintando la vida de los pobres
Ahí va la guitarrera y su pollera
El viejo y su pipa apagada
Como sus ojos
Ahí va la niña que juega
La olla generosa, la fuente choclera
La maceta, el cántaro de agua fresca
La vieja hilando y cantando dolores
La lavandera, el huaso y su perro
Greda de la madre tierra,
Que nos dibuja la vida
Y nos recuerda que somos
Un poco de barro y luz en los ojos.

Elizabeth Gajardo Carrera

Canto al Viento Sur y a Playa Ancha

I. Viento Sur

Viento Sur, ventolera embravecida
que azota el mar contra las rocas afiladas
de los acantilados en la orilla de mi cerro.
Viento Sur, huracanado en los inviernos
arrancando los árboles de cuajo,
desarmando las húmedas casuchas
de los desafortunados, cerro arriba.
Viento Sur, viento potente
ráfaga que impide que camine
y qué tuerce los renuevos en las ramas.
Viento Sur, viento playanchino
que levanta las faldas primaverales
de las muchachas en septiembre.
Viento Sur, viento frío que nos cala hasta el alma...
Ventolera que nos hace recias
a las mujeres de Playa Ancha.

Lita Guardiola

Dos ruidos

Solo quedan dos ruidos:
En los silencios distendidos
Tras las aguas desangradas de los fríos.
Solo quedan dos ruidos:
Entre el soñar en vigilia
Campo donde yacen todos los deseos desvanecidos
Mientras en su furia la sangre cándida
Nace en su mirar el alba
En su respirar alivio
Tras los soles de agosto y las nieves de julio
Solo quedan dos ruidos
Mi cuerpo sabe en el alma su momento
A medio morder y medio morir
Solo quedan dos ruidos:
Besos y desenfrenos
¿Qué será de tanto amor?
¿Qué será de tanta sed?

Lorena Rioseco



Por fin

Por fin llegar a mi propia morada,
por fin la voz de mi alma viajera
deja su llanto colgado allí a la entrada.

De tanto querer llegar me fui alejando
de tanta cotidianidad ajena,
de tanta casita feliz del Edén,
por fin mi propio horizonte.

El amanecer presente me abraza
¿Qué espacio existe entre la antigua memoria
y la memoria nueva?

Hay tanta vida dormida cuando despierto
sin nada que dejar atrás
perdida y encontrada
sin nada
ni siquiera mi nombre.

Una lejana identidad me recuerda que morí
un día.

¿O era otra mujer la que caminó sosteniendo
mi cuerpo?

¿Y dónde estás tú o era yo?

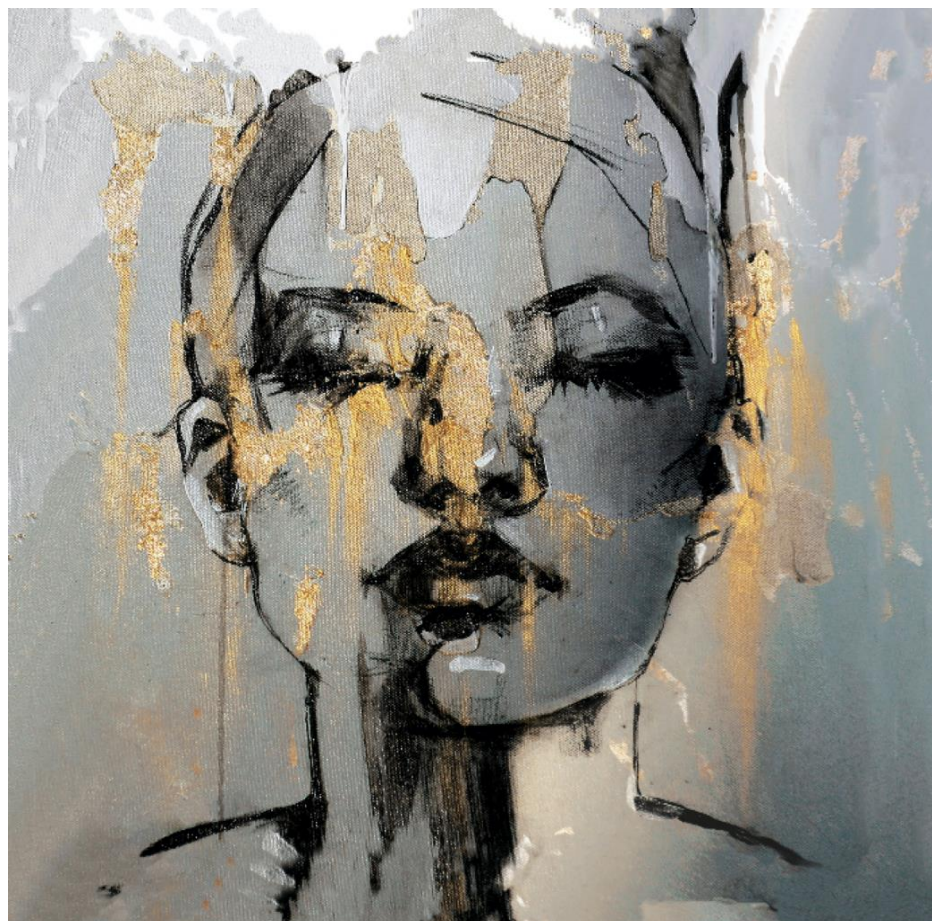
No sé realmente si me perdí y me encontré
o soy la real que aparece
y nunca salió de su silenciosa guarida.

Ananda

Transeúnte de otoño

Hoy tenía previsto
dialogar con los emigrantes
de la memoria
porque de nada sirve
haber oído
sobre la reconciliación y el consuelo
Si falta lo invisible.
Si se requiere lo que no está.
Recuéstate conmigo,
sin fotografía, sin verso,
sin historia,
seamos mañana transparente
y que los tiempos corroídos
se disuelvan en los ecos
los mayores conocen el secreto
y se apartan.

Lidia Mansilla



De noche oscura

La tierra te guarda
y mis pasos tenues no llevan estructura.
Traigo el candil de mis besos apagado
y en la ruina breve de mi caos
van lloviendo los ojos que no vieron.
Ojos que no te vieron surcando el silencio
Por la inmensa ruta de los sueños sin retorno.
Ojos que se me quiebran trémulos
en la enorme propuesta de la noche.
La tierra guarda tu cuerpo
desde que las horas vuelan como pájaros,
desde que el fuego convierte en cenizas
el pesar de esos momentos.
Esos que voy perdiendo
en la holganza prematura que antecede
a los recuerdos.
El adiós,
agitando mi pañuelo.
La soledad de la bocacalle se cierne
sobre las piedras frías
que resplandecen bajo la lluvia.

El silencio,
de suspiros coronado,
rueda por la noche de mi cuerpo.
Se adormecen los sentidos,
y entonces te recuerdo como siempre,
con las mariposas noctámbulas revoloteando
en mi oído.
Te recuerdo como siempre
con el ayer aletargado en las grietas de alguna
tarde
que se filtra tranquila en la memoria.

Veo caer la tierra sobre ese espacio y sobre ti.
Traigo un silencio negro...
Unas manos imprecisas...
Y un sinfín de voces viejas se cuelan temerosas
por la breve agitación de mi locura.

Camila Fernández Rodríguez

Rebelión

Juan Guillermo se marcha. Desde la
ventana diviso su figura desgarrada, se detiene
indeciso. ¡Oh, no! es peligroso, él lo sabe. Las
cámaras no lo perderán de vista, en segundos
puede convertirse en sospechoso. Dicen que esta
sociedad idílica en que vivimos en el siglo XXV,
costó guerras sangrientas, destrucción y muerte.

Debo confiarle mi secreto:
no deben enterarse de
nuestros pensamientos. La
mente en blanco es
imposible, por eso canto
todo el tiempo canciones
blancas, las que nos enseña
el sistema desde niños.
Dicen que soy lenta. Es mi
defensa.

Sucedió cuando
tenía cinco años. Sentí que
era diferente. Papá lo supo
al mismo tiempo que yo,
recuerdo el fuerte
empellón, su expresión
severa. Entonces, comencé
a copiar los gestos y
expresión de mis iguales.
Soy un calco. Mamá
también sospechó, leí en
una milésima de segundo
miedo en sus ojos,
imperceptible al resto.
Luego, me agarró fuerte

del brazo e hizo que marchara en la fila de niños
que, ante la atenta mirada del Juez Mayor, íbamos
por vez primera a la escuela. Todos iguales,
ninguno destaque. Lo aprendimos al recibir las alas
motorizadas que adhieren a nuestro cuerpo.
Cuentan que siglos atrás el ser humano se
movilizaba en una especie de tubos de metal y
fierro, con ruedas.

Intuyo que no estoy sola, existen otros como
yo. Sucedió hace unos días. Un hombre, sí. Hubo
algo en él que me hizo desviar la dirección que
llevaba y seguirlo. Nunca me miró, no se detuvo,
no obstante, yo sabía que debía ir con él a la zona
prohibida al otro lado de las montañas, de hielo
eterno. De pronto, sonó la sirena, alertándonos. Nos
quedamos estáticos, mirando el piso para no
enterarnos ni ver lo que ocurría. Nadie en el gentío
se movió, ninguno quiso ser la mujer de Lot en esta
historia. Oí sollozos, rápidamente los acallaron,
percibí cómo arrastraban el cuerpo y quise mirar,
hallar el modo para que no se lo llevaran, pero no
tuve valor. Una brisa con un grato aroma a
eucalipto inundó las calles, los violines iniciaron la
vieja canción que me retornó a la infancia, en
segundos, todos cantábamos serenos, restando
importancia a lo sucedido.

Algo gatilló muy dentro de mí, pensé en mi
hermana desaparecida a los trece años. Quizás los
Jueces Menores leyeron en su mente lo que nos está
prohibido. Pensamientos oscuros, perversos, dicen.
Escondía un cuaderno bajo el colchón, cuando lo
busqué no estaba. Siento vergüenza, pena, por no
enseñarle mi secreto. Hubiese llenado también su
mente de canciones blancas. Tengo que decírselo a
Juan Guillermo, casi leí sus pensamientos
antenoche, cuando vio que lo observaba cambió de
expresión e inició la letanía de oraciones que les
enseñan por alto parlante en el trabajo. Debe
repetirlas hasta que no exista para él otro modo de
pensar.

Somos una sociedad indestructible. Lejos de
la ciudad está lo que llaman “la fábrica”. Allí
nacemos y allí volvemos a morir. Siempre
encuentran órganos para reutilizar. Presiento que el
hombre de la otra tarde, volverá. Debo ir con él, es
hora de quebrar el sistema. Antes tengo que
enseñarle a Juan Guillermo mi secreto, impedir que
los Jueces Menores lean su mente a través de las
cámaras con que nos espían incluso en nuestros
dormitorios.

“Canciones blancas. Repítelas, sin cesar,
llena tu mente de ellas”, le transmito sin palabras ni
una expresión que acuse lo que sucede entre los
dos, ocultos entre las ligustrinas. No dice nada, se
queda mirándome sin que se le mueva un músculo,
pero sé que entendió. Es la luz imperceptible de sus
ojos, el parpadeo con que sigue el vuelo del
murciélago que habita en el entretecho.

Por alguna razón desconocida, unos pocos
nacimos al margen del sistema.

Marcela Royo Lira

